XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Corrientes sociales e individuo en la obra de Émile Durkheim.

Nicolás Edelcopp.

Cita:

Nicolás Edelcopp (2023). *Corrientes sociales e individuo en la obra de Émile Durkheim. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/15



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Repensar el individuo a partir de las corrientes sociales en la obra de Émile Durkheim

Nicolás Edelcopp
Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

Abstract
En la siguiente ponencia me propongo desarrollar el concepto de “corrientes sociales” presente en *Las Reglas del Método Sociológico* (1895) y *El suicidio* (1897) de Émile Durkheim, enmarcando dicho concepto en su obra y los cambios que esta presenta. Con “cambios” hago referencia a la progresiva disolución y pérdida de peso y poder explicativo de los conceptos de “morfología social” y “medio social interno”, introducidos en La división del trabajo social (1893) y Las reglas del método sociológico (1895), los primeros libros del autor, dando paso así a un predominio de la noción de “representaciones colectivas”, manifestándose tal predominio representacional en *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912). Además, en relación a lo expuesto, propongo a su vez repensar el concepto de "individuo" en la obra durkheimiana bajo el cariz de la corrientes sociales, atento sobre todo al período de la obra inaugurado en 1898, con el artículo "Representaciones individuales y representaciones colectivas". Bajo este prisma, me centraré en la naturaleza fundamentalmente afectiva y emocional de las corrientes colectivas y su efecto o repercusión sobre el individuo, evidenciada en el carácter dinamogénico de las corrientes sociales.

1. *El Suicidio* en la obra de Durkheim

Antes de adentrarnos de lleno en el análisis de la figura de las corrientes sociales, es necesario situar ES en la obra de nuestro autor. Para esta empresa es necesario distinguir, no dos momentos de la obra, pero sí dos instancias: una donde la producción teórica del nacido en Épinal estuvo centrada en el concepto de **morfología social**; y otra, que podemos inaugurar a partir de 1898 con el artículo “Representaciones individuales y representaciones colectivas”, que orbitaba en torno a las “representaciones colectivas” y a la concepción de la sociedad y la vida social como una vida *hiper-espiritual* (Sidicaro, 2000: 11). Si podemos ubicar la instancia de predomino “morfológico” en la década de 1880 y el primer lustro de 1890, siendo *La división del trabajo social* y *Las reglas del método sociológico* los textos paradigmáticos, y la instancia marcadamente *representacional* a partir

de 1898 hasta el final de la vida de Durkheim, *El Suicidio*, de 1897, se ubica en un espacio liminar o en una suerte de "umbral" en la obra de Émile Durkheim. En este sentido, ES implica un desplazamiento en tanto a la propuesta de *Las reglas del método sociológico* sobre el objeto de estudio, ya que en este caso el hecho social, el suicidio, se torna más difuso e intangible que las "rutas, caminos y vías de comunicación" referidas en *Las reglas* (RMS en adelante) como hechos sociales de orden anatómico o *morfológico* (Durkheim, 2003: 38). Dadas las dificultades que presentaba el objeto para establecer una clasificación que partiera del registro morfológico,[1] Durkheim opta por darle prioridad al registro etiológico, es decir, al análisis de las causas antes que al de las formas. A continuación, citamos *in extenso* uno de los primeros párrafos del capítulo I del libro II de ES:

> *Desgraciadamente, una clasificación de los suicidios razonables según sus formas o características morfológicas es impracticable, porque nos faltan casi todos los documentos necesarios. Para poder intentarlo, tendríamos que disponer de buenas descripciones de un gran número de casos particulares. Sería necesario saber en qué estados psíquico se encontraba el suicidado en el momento en que tomó la resolución, cómo preparó la realización, cómo la ejecutó finalmente, si estaba nervioso o deprimido, tranquilo o animado, ansioso o irritado, etcétera. Ahora bien, solo tenemos algunas informaciones de este tipo en el caso de algunos suicidios vesánicos, y precisamente gracias a las observaciones y a las descripciones de este tipo recogidas por los alienistas, ha sido posible establecer los principales tipos de suicidio cuya causa determinante es la locura. De todo lo demás carecemos casi por completo de cualquier observación.* (Durkheim, 2017: 140).

Y a continuación, propone una vía alternativa:

> *Pero podemos conseguir nuestro fin por otra vía. Bastará con invertir el orden de nuestras investigaciones. Está claro que solo puede haber tipos diferentes de suicidios si las causas de las que dependen son ellas mismas diferentes. Para que cada uno de ellos tenga una naturaleza propia son necesarias también condiciones de vida que les sean propias. Un mismo antecedente o un mismo conjunto de antecedentes no pueden producir unas veces una consecuencia y otras veces otra, porque entonces la diferencia que distingue al segundo del primero no tendría causa, lo que significaría la negación del principio de*

[1] Como lo sostiene el capítulo tres de RMS "Reglas sobre la distinción entre lo normal y lo patológico".

> *causalidad. Cualquier distinción específica comprobada entre las causas implica una distinción parecida entre los efectos.* ***Así pues, podemos constituir los tipos sociales del suicidio, no ya clasificándolos directamente según sus características previamente descritas, sino clasificando las causas que lo producen****. Sin preocuparnos de saber por qué se diferencian los unos de los otros, trataremos de descubrir cuáles son las condiciones sociales de las que dependen; a continuación agruparemos esas condiciones según su semejanzas y sus diferencias en un determinado número de clases distintas, y podremos estar seguros de que a cada una de esas clases corresponderá un tipo de determinado de suicidio.* ***En una palabra, nuestra clasificación, en lugar de ser morfológica, será, en principio, etiológica****. Por lo demás, esto no significa una limitación, porque se penetra mucho mejor en la naturaleza de un fenómeno cuando se conoce la causa que cuando se conoce únicamente sus características, aunque sean esenciales.* (*ídem*, 141. El resaltado es propio).

Pero esto no quiere decir que la consideración morfológica no esté presente en alguna medida en ES, ya la misma (la morfología de los distintos tipos de suicidios) es postulada como instancia "verificadora" o "segundo paso" sobre el que se apoyaría el primero, el análisis de las causas, que brindaría la seguridad de que se va por buen camino. De hecho, el capítulo VI del Libro II, titulado "Formas individuales de los diferentes tipos de suicidios", está dedicado a esta apoyatura morfológica. Citamos a Durkheim (2017: 141-142):

> *Una vez que haya sido conocida la naturaleza de las causas, podremos intentar deducir de ellas la naturaleza de los efectos, que se encontrarán de este modo caracterizados y clasificados al mismo tiempo, al haber sido remitidos a sus orígenes respectivos. Naturalmente, si esta deducción no es respaldada por los hechos, corre el riesgo de perderse en fantasiosas combinaciones.* ***Pero podremos aclararla con ayuda de algunos datos que disponemos sobre la morfología de los suicidios****. Estos datos, por sí solos, son demasiado incompletos y demasiado inciertos como para poder deducir de ellos un principio de clasificación;* ***pero podrán utilizarse una vez que se haya establecido el plan de esta clasificación****.*[2] *Nos indicará en la dirección en que deberá dirigirse la deducción y, con los ejemplos que nos aportarán tendremos la seguridad de que las clases formadas a partir de esta deducción no son imaginarias. Así, de las causas nos remontaremos a los efectos y nuestra clasificación etiológica se*

[2] Este es el objetivo y propósito del capítulo VI del Libro II referido anteriormente.

completará con una clasificación morfológica que podrá utilizarse para verificar la primera, y recíprocamente. (El resaltado es propio).

Como vemos, la matriz morfológica propuesta en las RMS como método explicativo de los hechos sociales sigue presente en su medida en ES. Aunque acotada en su uso -y muy diluida-, vemos como la matriz explicativa morfológica conserva un lugar en ES. Primero, Durkheim tiene la necesidad de justificar por qué realiza el pasaje del análisis morfológico al etiológico, para luego avisar al lector que el texto llevará un "apartado morfológico" residual. Muy otro será el lugar que ocupe la *morfología social* en "Representaciones individuales y representaciones colectivas" o en *Las formas elementales de la vida religiosa*, donde los conceptos de "sustrato" y "autonomía relativa" adquieren una preponderancia basal.

Ya hemos comentado que en ES Durkheim desplaza o "invierte" el abordaje científico -sociológico- de los hechos sociales, respecto al planteado en las RMS. En este caso será necesario partir primero por las causas sociales para recién ahí poder elucidar distintos tipos (sociales) de suicidios, para luego postular su morfología. Durkheim advierte que el método "invertido" es el único que se adapta "al especial problema" que se ha planteado en el libro, ya que no se debe perder de vista que lo que se está estudiando y sobre lo que se está trabajando es la tasa social de los suicidios (2017: 142). Los únicos tipos sociales que interesan a su estudio son aquellos que contribuyen a formar la mentada tasa. Para esta empresa, nuestro autor deberá trabajar con estadísticas y series de suicidios en distintos países europeos a lo largo del tiempo: es decir, en sintonía y continuidad con lo planteado en RMS, toma la tasa social como un fenómeno colectivo, como un hecho social sui generis, de una naturaleza muy distinta a la de la suma de sus partes. Parte del todo -la tasa social- para llegar a las partes. Ahora bien, ¿cómo determinar las causas de un fenómeno humano tan insondable como el suicidio? Millones pueden ser las causas que lleven a una persona a quitarse la vida. Solo que Durkheim tiene muy en cuenta que no está trabajando con las razones individuales -por demás inaccesibles- que provocan los suicidios y descarta lo que llama como la "estadística de los motivos del suicidio", porque la considera verdaderamente una estadística de las opiniones sobre los motivos del suicidio, más que una causa aparente (Durkheim, 2017: 143). Siguiendo su razonamiento, nuestro autor proporciona una tabla estadística -la XVII-, titulada "Proporción de cada categoría de motivos sobre 100 suicidios anuales de cada sexo". Durkheim somete esta tabla a la lógica, y señala que, mientras los porcentajes atribuidos a las distintas supuestas causas/motivos permanecen casi idénticos para los dos períodos señalados (1854-78 vs 1880), el porcentaje de suicidios aumenta un 40% en Francia y un 100% en Sajonia para los períodos mencionados. Nuestro autor concluye entonces que si todos los motivos se mantuvieron constantes, al tiempo que se volvían dos veces más mortíferos (ya que la tasa aumentó en un 100% para el caso de

Sajonia), entonces estos motivos dependían de un “estado más general”, del que eran “como mucho, reflejos más o menos fieles” (Durkheim, 2017: 145). “Es este estado el que hace que sean más o menos fecundas en suicidios [las sociedades], y el que es, por consiguiente, la verdadera causa determinante de estos últimos [los motivos aparentes]. Por lo tanto, es ese estado el que debemos describir, sin detenernos en las repercusiones lejanas que pueda tener en las conciencias particulares.” (Durkheim, 2017: 145. El resaltado es nuestro). De esta manera, Durkheim marca el lugar por donde empezar a investigar las causas de la variación de la tasa social de suicidios: los estados de los diferentes medios sociales. Esto se debe a que (lo que luego será el grueso de los capítulos II, III, IV y V del Libro II), distintos grupos sociales -según confesiones religiosas, estado civil o profesión- presentan distintas tasas de suicidios, tasas que les son propias a su constitución como grupo social determinado, distinto de los demás. Pasando en limpio, entonces, Durkheim demuestra -a través de un análisis estadístico- en la Introducción de ES que cada sociedad tiene para cada momento de su historia una capacidad determinada para el suicidio; es decir, una tasa social de suicidios que les es propia. Además, tanto en la introducción como a lo largo del libro, Durkheim va a considerar que la evolución de los suicidios en las últimas décadas posee un carácter crónico. Los cambios pronunciados que constata en las series estadísticas reflejan “sencillamente que las características constitutivas de la sociedad sufrieron profundas modificaciones” (Durkheim, 2017: 16); modificaciones o cambios que nos encargamos de identificar más arriba, la disolución del orden social tradicional y el advenimiento de la incipiente sociedad industrial, caracterizada por una mayor y más compleja división del trabajo. Distintas tasas de suicidio para distintas sociedades, y distintas tasas para distintos grupos sociales. Y a partir del abordaje etiológico afirmamos: distintos tipos de suicidio de acuerdo a las distintas corrientes suicidógenas que atraviesan la sociedad. Dicho de otra manera, a cada corriente suicidógena le corresponderá un tipo de suicidio distinto (Durkheim, 2017: 140).

A lo largo de todo el libro, Durkheim adoptará un papel de “médico” de la sociedad, auscultándola y proponiendo como causa de su estado crónico el desequilibrio de las fuerzas morales, la pérdida de una suerte de “homeostasis social”.

2. Corrientes sociales y corrientes suicidógenas en *El Suicidio*

Habiendo desarrollado las características principales de la obra, nos adentramos de lleno en la figura de las corrientes sociales y las corrientes suicidógenas. Para empezar, ya en la Introducción encontramos la siguiente afirmación de Durkheim (2017: 14): “La evolución del suicidio está compuesta por tanto de ondas de movimientos, diferentes y sucesivas, que tienen lugar por impulsos, se desarrollan durante un tiempo, y luego se

detienen, para volver a empezar a continuación." Ondas de movimiento, figura que ubicamos en la serie significante junto con corrientes. Las ondas introductorias son en esencia las corrientes del resto del texto. La oración que citamos es sumamente rica, ya que nos advierte que la causa de la evolución del suicidio está en las ondas/corrientes de moviemiento, pero además nos agrega que dichas ondas pueden ser diferentes entre sí al tiempo que sucederse unas a otras, que pueden aparecer en momentos determinados y luego cesar su movimiento, así como aumentar y disminuir su velocidad. A su vez, en la página diecinueve de la misma Introducción, nuestro autor, en sintonía con lo que veníamos marcando en apartados previos, que cada pueblo o sociedad tiene un "coeficiente de aceleración" en su tendencia al suicidio que también les es propio. Coeficiente de aceleración, ondas de movimiento, tendencias; como ya podemos advertir, Durkheim incorpora el movimiento y la dinámica, o mejor dicho, la fluidez, para analizar el suicidio como objeto sociológico. No es que en RMS no tuviera en cuenta el movimiento social, ya que estaba presente, y como se verá más adelante la misma figura de las "corrientes sociales" es a su vez sumamente recurrente. Pero la figura hidráulica de la onda, que se expande y/o contrae, que llena y atraviesa un determinado espacio, es de gran utilidad para "fluidificar" el entramado morfológico, para hacerlo más permeable y limar su aspereza o dureza, y esto claro por las características propias del suicidio, objeto más inasible. Como ya hemos insistido en lo que va del escrito, las ondas de movimiento, tendencias y corrientes suicidógenas son de carácter social, ya que si el suicidio -su tasa- es un fenómeno social, y Durkheim insistirá a lo largo de toda su carrera en que lo social debe ser explicado por lo social ("lo complejo por lo complejo"), las tendencias y corrientes que son la causa de la evolución estadística del suicidio no pueden revestir otro carácter que el de ser sociales, un fenómeno colectivo sui generis, distinto a la suma de las tendencias individuales (y, adelantándonos, distinto a la suma de los estados individuales del alma). La tasa social de suicidios expresa un estado del alma colectiva, y las corrientes suicidógenas que tienen por causa derivan de este mismo estado general de la sociedad.

Tomemos el apartado VI del capítulo III, dedicado al "suicidio egoísta", para profundizar y desarrollar lo expuesto. Allí, Durkheim (2017: 218) concluye que si -tal como explicó- el suicidio varía en razón inversa al grado de cohesión de la sociedad profesional/religiosa/familiar, entonces el suicidio varía "en razón inversa al grado de cohesión de los grupos sociales de los que forma parte el individuo". Esta es una de las dimensiones que toma el autor para analizar los grupos sociales, la integración o cohesión del mismo, que se manifiesta tanto en el suicidio egoísta como en el altruista. La otra dimensión a considerar es la de la regulación, la capacidad de los grupos sociales de regular la conducta y el sentir de los individuos, cuyo exponente es el suicidio anómico. La integración -que no es otra cosa que el lazo social- para el tipo de suicidio "egoísta" se

manifiesta como una desintegración del grupo social, como una debilitación del grupo al que pertenece el individuo, que ocasiona que este último deba depender cada vez más de sí mismo, que encuentre cada vez menos una "personalidad social" que se imponga por sobre su personalidad individual y lo guíe, ofreciéndole fines comunes antes que personales. "Por tanto, si convenimos en llamar egoísmo a ese estado en el que yo individual se afirma excesivamente frente al yo social y a sus expensas, podremos llamar egoísta a un tipo particular de suicidio que resulte de una individuación desmedida" (Durkheim, 2017: 219). La tendencia al egoísmo -entendida como el progresivo avance del libre examen y el racionalismo por sobre la tradición- proviene de esta manera de un estado de desintegración o deterioro del lazo social, que tiene como resultado una individuación "desmedida". Resulta relevante detenernos en el calificativo de "desmedida", ya que trasluce la postura "médica" de Durkheim, que considera que una individuación en su "justa medida" es deseable y querible en la evolución o desarrollo de las sociedades -además de irrefrenable, ya que tiene como base un determinado estadio de la división del trabajo que es irreversible-, pero que en su desmesura o exceso resulta negativa y perjudicial, con la figura del suicidio egoísta como resultado de esta evolución crónica. Lo mismo sucede con un exceso de integración social, presente de manera más prístina en sociedades modernas en el ejército, que tiene como correlato el suicidio altruista; una falta de regulación social deriva en el suicidio anómico. La pérdida de un estado de equilibrio social, del principio de homeostasis, ocasiona un malestar de la misma naturaleza, un destemple de la salud social, expresado en el aumento mórbido de los índices de suicidios. "Como es un ser social más complejo [el hombre], no puede mantener su equilibrio más que si encuentra en el exterior otros puntos de apoyo, y precisamente porque su equilibrio moral depende de más condiciones es por lo que se trastorna también más fácilmente" (Durkheim, 2017: 227. El resaltado es propio).

En estas páginas también podemos apreciar el modelo "dual" de la naturaleza humana, que presenta una naturaleza física o individual, y a la vez otra más elevada, la naturaleza social o civilizada, propiamente humana, que otorga los fines para los esfuerzos humanos y las razones para vivir, y hace que los mismo esfuerzos no se pierdan en un vacío de sin sentido. La siguiente cita de la página 223 condensa lo expuesto:

> *En otros términos, si, como se ha dicho a menudo, el hombre es doble, es porque al hombre físico se le ha añadido el hombre social. (...) Y sin embargo este hombre social es la máxima expresión del hombre civilizado; es él quien pone precio a la vida. De aquí se deduce que nos faltan razones para vivir; porque la única vida a la que podemos aspirar no responde a nada real, y la única que tiene todavía algún fundamento en la realidad no responde ya a*

> *nuestras necesidades. (...) En este sentido es en el que decimos que nuestra actividad necesita un objetivo que esté por encima de ella. No es porque éste nos sea necesario para conservar la ilusión de una inmortalidad imposible; es porque está implícito en nuestra constitución moral y no puede eludirse, ni siquiera en parte, sin que, en la misma medida, esta pierda sus razones de ser.*

Existe, entonces, además un carácter individual, uno colectivo que inclina a los pueblos a la tristeza o a la alegría, "a ver las cosas color de rosa o bien negras" (Durkheim, 2017: 224). Del todo social -el carácter colectivo- se llega a las partes individuales, porque el estado general del primero se impone sobre los segundos, los individuos. La sociedad generaliza la idea que tiene de sí misma, de su estado de salud y enfermedad. "Su sufrimiento se convierte necesariamente en el sufrimiento de todos. Dado que ella es el todo, el mal que experimenta se comunica a las partes de que está compuesta" (Durkheim, 2017: 224). Ahora bien, ¿de qué manera se comunica la sociedad con las partes de la que está compuesta? ¿cómo puede generalizar su estado? A través de corrientes sociales, que son corrientes de depresión y decepción, o corrientes de altruismo o nacionalismo, corrientes de individuación y anomia: corrientes sociales que expresan estados del alma colectiva y estados del lazo social, y que proceden de estos y no de ningún individuo en particular. Así, las corrientes sociales "traducen el relajamiento de los lazos sociales, una especie de astenia colectiva de malestar social, del mismo modo que la tristeza individual, cuando es crónica, traduce a su manera algún desarreglo orgánico del individuo" (Durkheim, 2017: 224-225). Las corrientes sociales aparecen ligadas a sentimientos o emociones colectivas, que, dotadas de una autoridad colectiva, se imponen a los individuos, atravesándolos y suscitando en ellos efectos individuales, como puede ser una mayor o menor predisposición al suicidio, según sea el caso. Reparemos por un momento en el término médico que encontramos, "astenia", referido al cansancio de la sociedad. La astenia produciría un desarreglo orgánico en la sociedad, o, como también podemos decir, un desequilibrio en el estado "normal" de las corrientes sociales y su dinámica y comportamiento. Las "nuevas morales" o sistemas filósofos pesimistas o nihilistas, como el de Schopenhauer, son un efecto de este estado de desintegración social y no una causa del mismo: son "síntomas metafísicos y religiosos" que intentan demostrar que la vida de los hombres no tiene ningún sentido, que no hacen sino más que simbolizar en un lenguaje abstracto la "miseria fisiológica del cuerpo social" (Durkheim, 2017: 225). Cada clase de suicidio, por tanto, no sería más que la forma exagerada o atenuada de una virtud (el egoísmo, el altruismo, la voluntad de seguir una regla que regule los apetitos y deseos, o la voluntad de rebelarse contra esta, etc.).

Detengámonos por un momento en el capítulo VI del Libro II, “Formas individuales de los diferentes tipos de suicidio”. Este capítulo nos servirá de base para añadir más contenido a lo que nuestro autor entiende por corrientes sociales. Si nos dirigimos a la página trescientos catorce, allí encontraremos una advertencia de Durkheim sobre los tres tipos de suicidio y su aparición fenoménica: los tres tipos no se presentan a la experiencia de manera aislada y pura. Más bien, por el contrario, sucede a menudo que los tipos sociales se “combinan entre ellos de tal manera que dan lugar a especies compuestas; de modo que características pertenecientes a distintas especies pueden encontrarse juntas en un mismo suicidio [individual]” (Durkheim, 2017: 314). La razón estriba en que las diferentes causas -las corrientes sociales- pueden influir simultáneamente sobre un mismo individuo, mezclándose en él sus efectos. Ahora sabemos algo más sobre las corrientes sociales, que son susceptibles de mezcla y combinación (y, como veremos más adelante, de oposición). Aquello implica un cambio respecto al modelo morfológico, en el que cada hecho social debía ser explicado por un hecho social antecedente, con los cambios y variaciones producidos en el medio social interno como causa primera. Tomando un concepto prestado de la sociología weberiana, podemos decir que entre algunas corrientes sociales existe afinidad electiva que las llevan a combinarse, tal como resalta Durkheim para las corrientes de egoísmo y anomia, que terminan produciendo un tipo de suicidio mixto especial, mezcla de ambas, donde el abatimiento alterna con la agitación, el sueño con la acción y los arrebatos del deseo con las meditaciones del melancólico (Durkheim, 2017: 315). “Sabemos, en efecto, que no son generalmente más que dos aspectos diferentes de un mismo estado social; no es extraño por lo tanto que se encuentren en un mismo individuo” (Durkheim, 2017: 315). Como resultado del debilitamiento del lazo social, un grupo puede sufrir un proceso de individuación y de desenfreno o desregulación al mismo tiempo. En el egoísmo siempre hay un germen de desenfreno y lo mismo ocurre a la inversa.

Pero la corriente anómica también puede asociarse con la altruista, dando como resultado el suicidio “obsidional”. A su vez, las corrientes de egoísmo y altruismo, identificadas como opuestas en relación al grado de integración del grupo social, pueden “unir sus intereses”, en casos como los del “suicidio estoico”. La última tabla del Libro II muestra la serie de corrientes suicidógenas elementales (egoísmo, altruismo y anomia) y tres “tipos mixtos”, a saber, el suicidio “ego-anómico”, el “anómico-altruista” y el “ego-altruista” (Durkheim, 2017: 322). No ahondaremos mucho más en la combinación de las corrientes sociales, pero es notable que esta característica aparezca en el capítulo dedicado a la apoyatura morfológica, como la denominamos al principio. Al tratar de determinar las formas individuales de los diferentes tipos de suicidio, Durkheim se enfrenta con la dificultad de aislar una forma unívoca para cada suicidio, ya que en la experiencia se manifiestan entremezclados; las formas que toman los suicidios no dependen directamente

del estado del medio social interno, o del estado general de la sociedad, sino que el estado general de la sociedad produce corrientes sociales diversas que recorren y atraviesan cada parte individual del cuerpo social, algunas partes con mayor fluidez y otras con mayor resistencia, según el grupo social atravesado. Dichas corrientes de emoción, dotadas de una autoridad por la que se imponen, producen estados emocionales individuales, y en su combinarse y libre fluir terminan produciendo híbridos, mixturas que no dependen de un hecho social anterior fijo y determinable. Empezamos a vislumbrar cierto grado de autonomía del mundo social con respecto a su sustrato, expresado en el movimiento, la combinación y la oposición de las corrientes.

Para comprender el movimiento de oposición de las corrientes sociales recurrimos a uno de los últimos capítulos del libro, el de las "Consecuencias prácticas". Allí Durkheim retoma la idea del "desborde" o desequilibrio que se produce en el estado general de las corrientes como causa del aumento crónico de la tasa de suicidios. Nuestro autor, contrario a lo que desde el sentido común podríamos pensar, argumenta que dichos "excesos" o desbordes de las corrientes que provocan los suicidios son necesarios y hasta útiles, "ya que si el estado más frecuente es también el más adecuado a las circunstancias más frecuentes de la vida social, el resto de las circunstancias no tendrá nada que ver con él; y sin embargo la sociedad debe de poder adaptarse tanto a unas como a otras" (Durkheim, 2017: 404). Una sociedad con un individualismo intelectual desmedido sería incapaz de sacudirse el yugo de las tradiciones a pesar de necesitarlo, del mismo modo que un hombre al que la actividad no le atrajera más de lo normal no podría sobrevivir en situaciones que requieran esfuerzos excepcionales, pone como ejemplo nuestro autor (2017: 404). Los sentimientos sociales preponderantes -ya sean el egoísmo/individualismo en sociedades modernas o el altruismo en sociedades más arcaicas- deben disminuir lo suficiente su gradiente para que las corrientes contrarias puedan desarrollarse. ¿Qué sucederá en tiempos de guerra, se pregunta Durkheim, cuando la obediencia pasiva sea el único deber? Y contesta:

> *Pero para que estas formas de actividad puedan llegar a producirse cuando son útiles, es necesario que la sociedad no las haya olvidado por completo. Es por lo tanto indispensable que ocupen algún lugar en la vida cotidiana; que haya sectores de la sociedad donde se mantenga una afición intransigente por la crítica y el libre examen, y otros, como el ejército, donde se conserve casi intacta la vieja religión de la autoridad*. (Durkheim, 2017: 404).

La conclusión que se desprende de este planteo es que para que una sociedad goce de buena salud, es necesario que exista una armonía entre sus tendencias al individualismo y

su espíritu altruista. Individualismo y altruismo deben mantenerse en las proporciones normales y justas para cada pueblo, proporciones que, claro está, varían con el transcurso del tiempo y la historia. “Una moral demasiado alegre es una moral relajada; solo conviene a los pueblos en decadencia y solo se encuentra en ellos. (...) Por eso, junto con la corriente optimista que anima a los hombres a enfrentarse al mundo con confianza, es necesario que exista una corriente opuesta, menos intensa sin duda y menos extendida que la anterior, pero capaz sin embargo de contenerla parcialmente; porque una tendencia no se limita a sí misma, sino que tiene que ser limitada siempre por otra tendencia (Durkheim, 2017: 405-6. El resaltado es propio). La oposición de una corriente con otra permite nivelar o paliar los efectos negativos que cada corriente desbordada puede conllevar. Se trata, en el papel de médico de la sociedad que adopta nuestro autor, de encontrar el nivel justo de individualismo y altruismo para cada sociedad en cada tiempo.

Otra característica de las corrientes sociales que deseamos remarcar es que, según su intensidad, pueden ser consideradas inconscientes o latentes. Durkheim menciona esta posibilidad hacia el final del libro, momento en el que discurre sobre el carácter mórbido del aumento de la tasa de suicidios en Europa para aquella época. Escribe Durkheim (2017: 409): “Si es cierto que normalmente la melancolía colectiva tiene un papel que jugar en la vida de las sociedades, con frecuencia no es ni lo bastante general ni lo bastante intensa como para penetrar en los centros nerviosos del cuerpo social. Permanece en el estado de corrientes subterránea que el sujeto colectivo barrunta oscuramente, y sufre por consiguiente su influjo, pero sin ser consciente de ello. Como mucho, si estas vagas disposiciones llegan a afectar a la conciencia común, solo será a pequeños golpes intermitentes.” Como vemos, las corrientes sociales son conscientes o inconscientes/latentes con respecto a la “psiquis social”, a la sociedad o el cuerpo social: a la Conciencia Colectiva. Son fenómenos inconscientes respecto a lo social, y su conciencia o inconsciencia parece estar determinada por el grado de intensidad del que están dotados (y Durkheim relaciona este gradiente con el estado de efervescencia colectiva que esté atravesando una sociedad). También, si bien la sociedad sufre el influjo de estas corrientes, sus efectos se muestran apenas intermitentes, discontinuos, en la forma de máximas aisladas o “refranes absurdos contra la vida”: “No traducen más que impresiones pasajeras que no han hecho más que pasar por la cabeza sin llegar a ocuparla por completo. Solo cuando estos sentimientos adquieren una fuerza excepcional absorben lo suficientemente la atención pública como para ser percibidos en su conjunto, coordinados y sistematizados, y se convierten entonces en la base de doctrinas generales sobre la vida” (2017: 410). Los síntomas sociales que mencionamos más arriba, estas doctrinas y sistemas de pensamiento nihilistas/pesimistas que Durkheim identifica para Schopenhauer y Hartmann, son el producto cristalizado del gradiente y la fuerza que fueron ganando las corrientes de

melancolía, en un principio subterráneas e inconscientes al cuerpo social. “La formación de estos grandes sistemas es pues el índice de que la corriente pesimista ha llegado a un grado de intensidad anormal, debido a alguna perturbación del organismo social (...) La melancolía colectiva no habría invadido la conciencia hasta ese punto si no hubiera sido presa de un desarrollo mórbido, y por consiguiente el desarrollo del suicidio que provoca es de la misma naturaleza” (Durkheim, 2017: 410). La latencia o el carácter inconsciente de las corrientes subterráneas hace referencia a su discontinuidad y a su forma “difusa”, todavía no cristalizada y que, por fluir en una frecuencia menor, a una intensidad muy baja, la atención pública no la puede captar más que como “impresiones pasajeras”, semejante en algún punto -su brevedad- a las representaciones individuales, pero contrarios en todos los demás.

3. Las corrientes como fuerzas

Recapitulemos: habiendo seguido a nuestro autor en todo su razonamiento, con ES afirmamos que la tasa social de suicidios solo puede explicarse sociológicamente, esto es, apelando a causas sociales. La constitución moral de la sociedad será lo que determine en todo momento el contingente de muertes voluntarias. Mencionamos superficialmente que cada grupo social posee hacia el suicidio una inclinación propia de la que derivan las inclinaciones individuales, y que esta inclinación está constituida por corrientes de altruismo, egoísmo y anomia. Habiendo remarcado durante todo el libro en la condición colectiva -social- de las corrientes mencionadas, Durkheim no obstante dedica un apartado -el III- del primer capítulo del Libro III a reponer su posición en lo que respecta a la estructura científica de la sociología, tal como lo había hecho ya en el apartado II del capítulo V de RMS. En este sentido, repondremos sucintamente el razonamiento del autor en torno a por qué las corrientes sociales, las tendencias colectivas, pueden ser consideradas hechos sociales objetivos, susceptibles de ser estudiados, mensurados, clasificados y comparados. Durkheim comienza el apartado refiriéndose a los usos vulgares o generales las “tendencias y pasiones colectivas”: “somos propensos a no ver en estas expresiones más que metáforas y maneras de hablar, que no designan nada real a no ser una especie de término medio entre un determinado número estados individuales. Nos negamos a verlas como cosas como fuerza sui generis que dominan las conciencias particulares. Tal es sin embargo su naturaleza y no otra cosa es lo que la estadística del suicidio demuestra claramente” (2017: 336. El resaltado es propio). Mientras que la opinión vulgar puede considerar las tendencias colectivas como meras metáforas o figuras retóricas, el sociólogo y la perspectiva sociológica deben tomarlas como cosas, tal como ya se insistió en los capítulos I y II de RMS. La objetividad de las corrientes -el hecho de tomarlas como cosas- se plasma en su

regularidad en el tiempo, captada a través de la estadística moral. Al proceder por analogía, tal como se verifica en las RMS, ES y "Representaciones individuales y representaciones colectivas", las tendencias colectivas son equiparadas a las fuerzas cósmicas y físico-químicas: el principio es el mismo, son fuerzas colectivas que, como las últimas, actúan sobre el individuo desde afuera y que poseen una existencia propia, aunque de otra naturaleza (de una naturaleza social, no psíquica, no química, no física ni tampoco biológica). La realidad de todas estas fuerzas se reconoce por la constancia de sus efectos, que para las fuerzas sociales se evidencia, reiteramos, en la estadística, en la tasa social de suicidios. Nos detendremos por un segundo en el hincapié que nuestro autor hace en el significante "fuerza". Todo lo que ya enunciamos sobre las características de las "corrientes" bien puede aplicar a las "fuerzas", ya que en el texto ofician de sinónimos. ¿Cuál es la materialidad de la fuerza gravitatoria? ¿Cómo se puede evidenciar la gravedad o el fenómeno físico de la inercia? Esto solo ocurre a través de sus efectos, tal como Durkheim traspola a las fuerzas morales. Una fuerza es inasible, imposible de encorsetar en un recipiente contenedor. Las fuerzas desbordan, atraviesan, menguan, aumentan su caudal, se propagan, tal como las corrientes. Solo que en este apartado Durkheim utiliza la figura de "fuerzas sociales/morales" debido a su proceder argumentativo por analogía. Las fuerzas que Durkheim analiza en ES son fuerzas morales dado que producen efectos en el mundo moral, que es el mundo social, y el mundo social es un mundo aparte del mundo físico, del biológico, del químico y del psíquico. Mejor dicho, no es que sea un mundo aparte, ya que convive con aquellos otros órdenes, pero es un órden distinto, acaso más elevado, que nace o se produce de la combinación y asociación de las conciencias individuales. Al unirse los individuos -o las representaciones individuales, a partir de 1898- se forma una entidad psíquica de una especie nueva, de naturaleza distinta a la de la suma de las partes (2000: 48; 2003: 106-107; 2017: 341). La asociación es el fenómeno fecundo de donde emerge lo nuevo, en este caso, el orden social, con sus leyes propias. En este sentido se entiende la insistencia de explicar lo social por lo social, sin requerir o apuntar a explicaciones individuales (como pueden ser las psicológicas) o naturales (las fuerzas cósmicas que explicarían los suicidios), dado que lo social forma un reino propio que solamente podrá ser estudiado por una ciencia que tenga en cuenta la novedad y especificidad que el mismo supone. De igual manera Durkheim lleva el argumento asociativo desarrollado en RMS a ES. Solo que en ES, una página después, en la 342 de la edición de Losada para ser más precisos, luego de discutir con Tarde y sus tendencias individualistas -resumidas en la sentencia "si prescindimos del individuo, lo social no es nada"-, Durkheim justifica la separación de lo social de lo individual apelando a la matriz representacional y no a la morfológica:

> *Pero al separar así la vida social de la vida individual, no queremos en absoluto decir que esta no tenga nada específico. Es evidente, por el contrario, que está compuesta esencialmente de representaciones. Solo que las representaciones colectivas son de una naturaleza diferente a las del individuo. No vemos ningún inconveniente en que se diga de la sociología que es una psicología, si se añade que la psicología social tiene sus propias leyes, que no son las mismas que las de la psicología individual*. (Durkheim, 2017: 342).

La vida social, entonces, es una vida hecha de representaciones colectivas. Este fenómeno psíquico nuevo que se produce de la asociación de las conciencias -representaciones- individuales es la conciencia colectiva, compuesta de representaciones ídem. Y para ilustrar esto, nuestro autor trae el caso predilecto de la religión, tal como ocurre en "Representaciones individuales y representaciones colectivas", Formas primitivas de clasificación y Las formas elementales de la vida religiosa, por no citar la vasta producción de *L´Anne Sociologique*. La religión y los dioses no son más que la forma hipostasiada de la sociedad, el sistema de símbolos mediante el cual la sociedad toma conciencia de sí misma, la manera de pensar propia del ser colectivo (2017: 343). En "Representaciones individuales y representaciones colectivas" la religión, los mitos, teogonías y cosmogonías componen esa primera malla de representaciones colectivas, de las que luego van a emerger como producto de su asociación representaciones colectivas de segundo grado, representaciones que poseen independencia relativa de sus sustrato (así como las representaciones colectivas de primer grado también poseen independencia relativa de su sustrato, las representaciones individuales). Esta visión representacional de lo social que aparece en ES acerca mucho más al libro a la perspectiva inaugurada a partir de 1898, que rebaja o diluye la explicación morfológica, como ya explicamos.

Pero este apartado es sumamente rico también porque vuelve sobre algunas cuestiones mencionadas en RMS sobre la densidad moral, la cristalización del hecho social y la morfología social. Nuestro autor añade en la página 344 de ES que la sociedad no está compuesta solamente de individuos, sino que a ellos se les suman las cosas materiales, que forman parte indispensable de la vida común. Unas líneas más adelante, pasa a referirse a las cosas materiales como hechos sociales, nuestro autor vuelve al remanido ejemplo de las vías de comunicación y los caminos, presentado ya en RMS:

> *El hecho social se materializa en ocasiones hasta convertirse en un elemento del mundo exterior. Por ejemplo, un determinado tipo de arquitectura es un fenómeno social; ahora bien, este tipo está encarnado en parte en casas, en los edificios de toda clase que, una vez construidos, se convierten en realidades*

> *autónomas, independientes de los individuos. Lo mismo sucede con las vías de comunicación y los transportes (…) La vida social, que está de este modo como cristalizada y fijada sobre soportes materiales, se encuentra por eso mismo exteriorizada y actúa sobre nosotros desde fuera*. (Durkheim, 2017: 345. El resaltado es propio).

Tal como en *Las Reglas del método sociológico*, se apela a la materialidad de los fenómenos sociales, a su cristalización y fijeza, como forma más clara de evidenciar o identificar su exterioridad y objetividad, bajo el cariz de cierto realismo material (aunque ya vimos que la forma de identificar un hecho social es a través de los efectos que produce y la fuerza y autoridad con que se impone sobre los individuos). Ahora bien, ya mencionamos reiteradas veces a lo largo del texto que las corrientes sociales funcionan a la manera de conceptos que permiten explicar lo social -y en este caso, las causas de la tasa social de suicidios- por su etiología, no por su morfología, esto debido a lo inasible e inmaterial del objeto. Bajo la luz de la cristalización y la fijeza, Durkheim ya bien entrado ES (y más hacia el final), va a definir las corrientes sociales como hechos sociales menos cristalizados, que no llegan a exteriorizarse y materializarse en caracteres u objetos fijos, como la arquitectura particular y propia de un país. Citamos una vez más:

> *Sin embargo, es incuestionable que toda la conciencia social no llega a exteriorizarse y a materializarse de este modo. Toda la estética nacional no está en las obras que inspira; toda la moral no se formula en preceptos concretos. La mayor parte permanece difusa. Hay toda una vida colectiva en libertad: toda clase de corrientes van, vienen, circulan en todas direcciones, se cruzan y se mezclan de mil formas diferentes y, precisamente porque se encuentran en un estado de movilidad, no llegan a consolidar nunca una forma objetiva. Hoy es un viento de tristeza y desánimo el que sopla sobre la sociedad; mañana, por el contrario, un viento de alegre confianza animará los corazones*. (Durkheim, 2017: 346. El resaltado es propio).

Tomamos el fragmento citado para sintetizar una definición de lo que es una corriente social en ES, como un hecho social difuso, no encorsetado bajo una forma fija, sino como un sentimiento colectivo, una emoción libre que se difunde y propaga por todo el cuerpo social. Vemos plasmada en la cita la mayor independencia del sustrato (página 351) de aquella parte de la vida colectiva, la que permanece más difusa, en movimiento y con un considerable grado de libertad, no cristalizada en vías de comunicación, caminos, etc. En este sentido, la figura de la corriente social se acerca mucho en su uso y en su

funcionamiento a la de las representaciones colectivas tal como aparecen en “Representaciones individuales y representaciones colectivas” y Las formas elementales de la vida religiosa. En aquellos textos, la noción de “independencia relativa” indica que las representaciones sociales “no se relacionan directamente con particularidades determinadas de la morfología social” (Durkheim, 2000: 55), así como también que las representaciones “tienen el poder de atraerse, repelerse, de formar entre ellas una síntesis de toda especie”, movimientos en la práctica idénticos a los de las corrientes sociales (ir, venir, circular, cruzarse y mezclarse). No obstante, parecería también que la independencia relativa no es tan “relativa” o autónoma de su sustrato para las corrientes como sí lo es para las representaciones colectivas, ya que las primeras dependen de un estado moral/social general, ya que derivan de los estados sociales: dependen del grado de cohesión/integración que posee la sociedad y los distintos grupos sociales (profesionales, confesionales, matrimoniales, etc.) así como de la capacidad de regulación que poseen los mismos. Como ya mencionamos, las representaciones colectivas y las “leyes de la ideación colectiva” pasan a ser, a partir de 1898, el foco de interés central de la sociología durkheimiana. No es que se desconozca o clausure la dimensión morfológica en la sociología, sino que esta adquiere un valor secundario o auxiliar. Entre su dependencia del medio social interno y el abanico de posibilidades abierto por la perspectiva representacional, las corrientes sociales están claramente más cerca de la segunda instancia (recordemos el fragmento citado más arriba, página 342 de ES), debido a todo lo ya desarrollado, pero también es cierto que Durkheim comienza ES casi disculpándose por no emprender una investigación atenida a la morfología del fenómeno y al medio social interno como concepto heurístico/explicativo principal, tal como lo había anunciado en RMS. Ahora bien, no es menos cierto que en RMS, Durkheim ya admite y considera el fenómeno de las corrientes sociales casi desde un principio, con lo cual encontramos en RMS una especie de adelanto, una trama conceptual que incluye en cierta manera las corrientes sociales y corrientes de opinión como hechos sociales y como fenómenos ordinarios de la vida social. Adentrémonos un poco más detenidamente para observar que mucho de lo que ya versamos sobre las corrientes sociales estaba presente en el texto más conocido del autor.

4. **El individuo**

A partir de los desarrollos aquí vertidos estamos ahora en condiciones de abordar el problema del individualismo y de esbozar algunas consideraciones sobre el individuo en la obra durkheimiana, bajo el prisma de las corrientes sociales. Nuestro autor, como es bien

sabido, considera al individuo como un producto de la sociedad, moldeado por ella.[3] Como mencionamos más arriba, la concepción durkheimiana del *homo duplex* y de la naturaleza dual del hombre sintetizan dicha posición: al hombre físico se le sobre añade el hombre social, una instancia superior y más civilizada, o, lo que es lo mismo, moral. Ahora bien, si el hombre es eminentemente social y producto de una instancia superior y colectiva, y a lo largo del escrito fuimos observando que lo social, por lo menos en ES, está compuesto de *corrientes sociales* de distinto tipo (aunque no solo de ellas), ya sean estas de egoísmo, altruismo y/o anomia, y además mencionamos que dichas corrientes pueden influir simultáneamente en un mismo individuo y mezclar en él sus efectos (como también oponerse o repelerse y atenuar el efecto de una sobre la otra), podemos llegar a una primera sentencia: **el hombre, el individuo, va a estar compuesto por el conjunto de corrientes de emociones y sentimientos colectivos presentes en una sociedad y que lo atraviesan, de manera tanto latente como patente.** Es decir, el individuo no será el resultado unívoco de una sola corriente social, sino de un conjunto heterogéneo de ellas, que expresan cada una una porción o fragmento del estado generalizado del alma colectiva (Durkheim, 2003). Un mismo individuo podrá encontrarse bajo el influjo de un nacionalismo exacerbado en un coyuntura belicosa -que puede expresarse, por ejemplo, en un férreo espíritu de disciplina-, para luego verse inmerso en el más profundo libertinaje y desenfreno, una vez que cambien los tiempos y las circunstancias. La flexibilidad y la fluidez implicadas en el concepto de *corrientes sociales* -sustentadas en su menor grado de fijación, al ser hecho sociales no cristalizados, y en la autonomía relativa que presentan frente a su sustrato- pueden ser tomadas para pergeñar una noción de individuo atravesado por diversos sentimientos y emociones colectivas, que se contraponen y fusionan según el caso, produciendo una multiplicidad de efectos distintos, una multiplicidad de tipos de individuo distintos; pero además, las mismas fuerzas presentan distintos grados de intensidad, variables según las transformaciones del estado del cuerpo social, con lo cual el grado de inmersión en el que se encuentra tomado un individuo también puede variar, llevándolo a acometer ciertos actos que en otro momento, bajo el influjo de una corriente menos intensa, no realizaría. En este punto insistimos en el carácter **dinamogénico** de las corrientes sociales, en tanto impulsan al individuo a la acción.

En la conclusión de *Las formas elementales de la vida religiosa*, Durkheim alude al carácter dinamogénico de la religión, que antes que "un sistema de ideas que responde a un objeto determinado" (Durkheim, 2012: 462) es más bien una fuerza que propulsa a la acción: la función principal de la religión no es enriquecer el conocimiento de los fieles sino

[3] "... Durkheim intentaba advertir que su concepción sociológica no atenta contra el individualismo característico de las sociedades modernas. Todo lo contrario. Sus posiciones enfatizan que aquello que llamamos individuo no es sino el producto de la sociedad y, particularmente, del funcionamiento de los grupos sociales." (Nocera, 2012: 39).

hacerlos actuar, ayudarlos a vivir (*ídem*).[4] De la misma manera, las corrientes sociales se emplazan de la misma manera en relación al individuo, como energías colectivas que lo impulsan a la acción, que lo dotan de una fuerza superior de otra naturaleza. Tomando como caso *El Suicidio*, vimos que las corrientes sociales llevan de la misma manera a los hombres y mujeres a la acción, en este caso, a la propensión al suicidio: las distintas tasas sociales de suicidios, específicas y propias de cada grupo social (ya sean protestantes o católicos, solteros o casados, profesionales o suboficiales, etc.) expresan la *fuerza* o intensidad que posee el grupo sobre sus miembros para impulsarlos al suicidio. Las corrientes suicidógenas acarrearán a una mayor proporción de individuos a inmolarse según el grupo social que atraviesen, pero sobre todo según la *intensidad* de la que estén dotadas. Lo mismo sucede para las corrientes de altruismo con la propensión que puedan tener los individuos para realizar, por ejemplo, una acción en defensa de su patria, como enrolarse en el ejército en épocas de guerra. Retomando la caracterización de las corrientes en términos de emociones o sentimientos colectivos, podemos pensar las fuerzas sociales como sentimientos o emociones colectivas que propelen a los individuos a la acción.[5] Son entonces, fundamentalmente, maneras de sentir que influyen y atraviesan las maneras de hacer y pensar, trayendo a cuenta la renombrada definición del hecho social.

Por último, es conveniente indicar que, si bien las corrientes sociales y las representaciones colectivas se asemejan en su carácter dinamogénico (y en otras tantas características más), las segundas incorporan una dimensión del orden de lo inteligible y la sociología del conocimiento que no está presente en las primeras. Tanto en *Representaciones individuales y representaciones colectivas* como en *Las formas elementales…*, pasando por *Formas primitivas de clasificación* (escrito en coautoría con Marcel Mauss), las representaciones colectivas, los conceptos y categorías, cumplen con la función de hacer inteligible el mundo, clasificando, ordenando y jerarquizándolo. Esta clave del orden de la sociología del conocimiento no está desarrollada en el concepto de corrientes colectivas/sociales de ES y RMS.

---

[4] En *Introducción al debate sobre <<El problema religioso y la dualidad de la naturaleza humana>>*, nuestro autor escribe lo siguiente: “A menudo se ha visto en la religión una especie de especulación sobre un objeto determinado: se ha creído que consiste esencialmente en un sistema de ideas que expresa más o menos adecuadamente un sistema de cosas. Pero esa característica de la religión no es ni lo único ni lo más importante. Ante todo, la vida religiosa supone la puesta en práctica de fuerzas *sui generis* que elevan al individuo por encima de sí mismo, que lo transportan a un medio diferente de aquel en que transcurre su existencia profana y que lo hacen vivir de una manera muy diferente, más elevada y más intensa. El creyente no es solo un hombre que sabe cosas que el no creyente desconoce, sino un hombre que *puede más*.”

[5] “Acción” tipificada según el tipo de corriente social que estemos considerando: por ejemplo, de la misma manera que podemos medir el impacto que tienen las corrientes de egoísmo o individualismo en la tasa anual de suicidios, se puede realizar el mismo estudio para analizar el impacto de dichas corrientes en la matriculación de institutos universitarios o escuelas superiores. De modo que se trata de observar la manera en que las distintas fuerzas colectivas que componen una sociedad determinan o influyen en los fenómenos sociales que nos propongamos estudiar.

5. Conclusión

A modo de coda, en el presenta trabajo buscamos resaltar la dimensión afectiva/emocional del concepto de *corrientes sociales* utilizado por Émile Durkheim principalmente en *El Suicidio* y *Las reglas del método sociológico*, así como señalar el "tipo de individuo" que el concepto mismo implica. Vimos que, tal como las representaciones colectivas, las corrientes sociales poseen como *hecho social* un grado de autonomía relativa de su sustrato morfológico: emergen como fenómenos *sui generis* de la asociación de cuerpos/espíritus individuales para dar pie a una sustancia de otro orden, uno colectivo y más civilizado, **social**. Del mismo modo que ocurre con las representaciones colectivas, las corrientes sociales tampoco son meros epifenómenos de la estructura social; en ellas se ve una naturaleza *hiperespiritual*, un fluir y un movimiento más libre y autónomo, no fijado en vías de comunicación y caminos, sino menos cristalizado. Así, como un viento o una brisa, una vez nacidas como producto emergente de una situación de *efervescencia colectiva*, las corrientes colectivas atraviesan el cuerpo social y a los individuos que lo componen, sumergiéndolos en un sentimiento de zozobra o de nostalgia, de alegría o tristeza, emociones y afectos que van a predisponer al individuo a actuar en determinados sentidos, orientados por el afecto social según el cual se encuentren imbuidos. Un mismo individuo puede estar -y lo más común es que lo esté- bajo el efecto de más de una corriente distinta y contraria, combinándose, asociándose o contraponiéndose estas dentro suyo, dando como resultante un fenómeno completamente nuevo y particular. La fluidez de las corrientes a su vez permite comprender una noción de individuo más fluctuante, un individuo que no está solamente determinado por el grupo profesional del que forma parte, o solamente determinado por su grupo familiar, o únicamente por su nación. El individuo moderno comprende todos estos grupos, pero además la autonomía relativa de las corrientes sociales permite que corrientes que tienen su origen en contextos y grupos determinados puedan extrapolarse e influir sobre individuos que nada tienen que ver con el contexto originario de la corriente. En este punto estamos mucho más cerca de la autonomía relativa que presentan las representaciones colectivas, como indica la parte de la obra durkheimiana que va de 1898 hasta el fallecimiento del autor (1917).

En el presente trabajo hicimos hincapié en el carácter fundamentalmente afectivo y emocional de las corrientes sociales, como expresión del "estado del alma colectiva". Creemos que para futuros trabajos resultaría de interés indagar en la obra durkheimiana bajo el prisma de los afectos y las emociones colectivas, de modo de poder observar cómo se relacionan las emociones colectivas y los afectos sociales con, v. gr., la política y la

educación, entre otros fenómenos sociales.

Bibliografía

DURKHEIM, E. (2000). “Representaciones individuales y representaciones colectivas”, en Sociología y Filosofía. Miño y Dávila Editores: Madrid.

DURKHEIM, E. (2003). Las Reglas del Método Sociológico. Editorial Gorla: Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

DURKHEIM, E. (2017). El Suicidio. Losada: Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

LUKES, S. (1984). Émile Durkheim, su vida y su obra: estudio histórico-crítico. Centro de Investigaciones Sociológicas: Madrid.

NOCERA, P. (2005). “Analogía, retórica y combinación. Exploraciones en torno al modelo argumental de la sociología durkheimiana.” * Ponencia presentada en el II Congreso Nacional de Sociología, Buenos Aires, 22 de octubre de 2004.

NOCERA, P. (2009). “El debate Gabriel Tarde - Émile Durkheim. De las disparidades iniciales explícitas a las convergencias tardías implícitas.” V Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

NOCERA, P. (2012). “De la autoridad de la razón a la razón de la autoridad. Durkheim y la encrucijada de la política entre la ciencia y la religión”. Estudio preliminar a *El Estado y otros ensayos*, Émile Durkheim. Eudeba: Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

SIDICARO, R. (2000). “Sociología y Filosofía y la actualidad”, en Sociología y Filosofía. Miño y Dávila Editores: Madrid.